

EDITORIAL

El poder simbólico del cuerpo de las mujeres

Queremos terminar el año, un año lleno de dolor sobre todo para las mujeres, con una esperanza. Estas imágenes, en las que una mujer, sola e indefensa, con su debilidad consigue hacer frente a la violencia de un grupo de hombres armados, parecen abrir nuevas perspectivas para el futuro. Perspectivas de paz y de respeto para los débiles, en nombre de algo que todos compartimos: haber nacido de una mujer, y estar vivos porque una mujer nos ha aceptado en su vientre y nos ha cuidado desde pequeños, hasta que no hemos sido capaces de cuidarnos por nosotros mismos.

Esta característica común del género humano no es solo un hecho biológico, sino una experiencia compleja que comprende entrega gratuita, renuncia a sí misma a favor de otro, sin la perspectiva de compensación alguna. Es más, sabiendo que a quien hemos ayudado se irá, necesariamente, por su camino.

Si, en la tradición cristiana, somos considerados todos iguales porque todos somos hijos de Dios, podemos añadir que en la experiencia de todos los seres humanos de cualquier etnia o religión, está el origen de un cuerpo materno, de la entrega gratuita de una mujer. "Nacido de mujer" es el título de un famoso libro de Adrienne Rich, que recuerda a todos los seres humanos este origen común.

Cada mujer, en cuanto madre potencial, representa por tanto la posibilidad, el recuerdo, el símbolo, de esta entrega gratuita — casi siempre la única de este tipo que experimentamos en la vida — y precisamente por esto su presencia frágil y desarmada es tan poderosa como para detener los ejércitos.

Una psicoanalista y escritora, Silvia Vegetti Finzi, una filósofa feminista, mente pensante del feminismo italiano, Luisa Muraro, y una gran periodista, Lucia Annunziata, comentan estas imágenes y nos conducen a leerlas en su profunda realidad. No nos queda otra cosa que leer abriendo el corazón a la esperanza, recordando que en el cristianismo la salvación depende del sí de una chica jovencísima, increíblemente valiente. (*lucetta scaraffia*)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción

GILIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUIA RUTT
ANNA FOA

RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano

(traducción de ROBERTO H.
BERNET) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.ossevatoreromano.va



Lo que realmente nos hace humanos

DE SILVIA VEGETTI FINZI

Vivimos en un mundo dominado por la angustia del presente y del miedo del futuro, un mundo donde el individualismo competitivo ha cancelado la cifra del materno, la relación que nos funda.

Como escribe el gran psicoanalista inglés Donald W. Winnicott: «Me parece que en la sociedad humana algo se ha perdido. Los niños crecen y se convierten a su vez en padres y madres pero, en general no crecen en la

conciencia de lo que sus madres han hecho por ellos al principio de la vida (...) ¿Pero no es precisamente porque es inmenso que esta contribución de la madre devota no es reconocido? (...) Sin un verdadero reconocimiento del rol de la madre, permanecerá un vago miedo de la dependencia. Este miedo tomará alguna vez la forma de miedo de la mujer, o de miedo de una mujer, y otras tomará formas más fácilmente reconocibles, que incluyen siempre el miedo de ser vencido».

LA ENFERMERA



Esta foto ha sido realizada por el joven fotógrafo Jonathan Bachman en 2016 en Baton Rouge, en Louisiana, en Estados Unidos. Después del asesinato de dos hombres afroamericanos por parte de la policía y después de la masacre que tuvo lugar en Dallas, en la que fueron

asesinados cinco agentes por un francotirador durante una manifestación contra la violencia de policía, fueron numerosos los enfrentamientos entre las fuerzas del orden y la comunidad afroamericana. Entre los manifestantes se separa una mujer, Leshia L. Evans de

35 años, enfermera, quien, despreocupada del peligro, claramente desarmada, se acerca a los policías para hacerse arrestar. Su gesto tranquilo y sereno de ofrecer las muñecas a los policías fue capaz de romper el clima de tensión entre los dos bloques.



Minsk, 25 marzo 2017: durante una manifestación contra el presidente, una mujer no se deja intimidar por los hombres

armados. Elegante en los colores y en los gestos, parece contraponerse como en una danza a la pesadez de los movimientos

de los soldados. No tiene miedo, tanto como para tejer un contrapunto casi irónico a su violencia duramente presionada.

Es cierto que no basta con ser madres para ser maternas, pero el paradigma permanece válido pese a las excepciones y el término *mater*, con su raíz *materia*, conserva el valor simbólico que nuestra historia le ha atribuido, incluso hoy en día, que muchas cosas han cambiado.

La madre, que Freud definió «ese prehistórico, inolvidable Otro, que más tarde no será nunca igualado por nadie», es investida al mismo tiempo por impulsos de amor y de odio, pero normalmente, gracias a su cuidado, el amor prevalece y se proyecta después, no sin ambivalencias, sobre la mujer que el hombre elige como compañera de su vida.

A la luz de esta constatación, el gesto de las mujeres que se oponen a la violencia masculina con el único recurso del cuerpo femenino y materno adquiere un valor nuevo que interroga, más allá de nuestra identidad, la compleja relación entre los sexos.

Observando las imágenes de estas páginas, divisamos por una parte un amenazante carro blindado y, más frecuentemente, un pelotón antiguerrilla compuesto de militares en posición de combate, expresión de un poder masculino violento, anónimo e impersonal. Desde el otro lado se presenta, sin embargo, la figura de una mujer sola que, en algún caso con el velo pero con el rostro descubierto, le planta cara mostrando al mundo—los fotógrafos están emboscados—su identidad y sus emociones. La disimetría es evidente y el choque, en términos reales, ya decidido.

Aun así, la conciencia de nuestra debilidad puede traducirse en poder subversivo, como muestra el valor del martirio en la historia de la Iglesia. En cuanto víctima designada por la violencia masculina, la mujer se ofrece voluntariamente al asalto del agresor, pero su exposición no expresa resignación como resistencia y voluntad de mediación. Pero ¿qué puede decir el silencio femenino frente a la amenaza de las armas? Su cuerpo habla para ella evocando la dulzura del amor—¿recordáis el slogan «poned flores en vuestros cañones» con el que una generación se opuso a la guerra en Vietnam?—y el poder de la generación. Como escribe Adrienne Rich en los años en los que los jóvenes eran realmente tales: «Toda la vida humana en nuestro planeta nace de mujer. La única experiencia unificadora, incontrovertible, compartida por todos, hombres y mujeres, es el periodo transcurrido formándonos en el vientre de una mujer... Para toda la vida e incluso en la muerte, conservamos la huella de esta experiencia. No por casualidad la primera y la última palabra son precisamente “mamá”».

En la plurisecular iconografía de la Virgen, que ha plasmado el inconsciente femenino, la imagen de Jesús niño y de Cristo bajado de la Cruz, el uno en brazos, el otro en el vientre de la Madre, se recuerdan respectivamente, como la Vida y la Muerte.

Esto no significa que todas las mujeres deban ser madres, sino que todas lo son potencialmente, portadoras de un mensaje generativo que puede ser negado o expresado de distintas maneras.



LA MONJA

En un sábado de abril de 2017 tiene lugar en Caracas una marcha de silencio para recordar los muertos en los recientes enfrentamientos. Mientras el ejército dispara lacrimógenos, sor Esperanza, de 78 años, se acerca a un soldado de la Guardia nacional: su paso no es firme, pero sus palabras sí. «Sé que

tenéis que obedecer órdenes. Pero todos somos venezolanos». En la escena sucesiva del vídeo que retrata toda la escena, el soldado le apoya una mano en la cabeza: emana fuerza y poder esa mano, incluso – guiada por la determinación de la anciana – se revela capaz de gran delicadeza. Casi una caricia, casi para pedir perdón.



LA MADRE

Una mujer palestina con sus hijos se encuentra un puesto de control: no sabemos dónde y cuándo, pero seguro que ha sucedido miles de veces. Como escribe Muraro, «va por su camino llevando detrás dos criaturas, pero un hombre en uniforme,

Uno de estos es promover la justicia y la paz, como atestiguan las Mujeres de negro y las Madres de la Plaza de Mayo. Allí madres de hijos para desterrar a la muerte y al olvido, aquí mujeres que defienden la vida y los derechos de todos, mujeres que, contra la prepotencia del más fuerte, piden el reconocimiento de otro derecho, el de la vida. ¿Con qué derecho se atribuyen este poder?

En virtud del cuerpo moderno, de su conformación, de su función. Un cuerpo hueco predisposto para recibir, contener, nutrir al hijo y finalmente, como observa Cacciari en Generar a Dios, para participar simbólicamente en su mismo ir, fuera, lejos, al exodo de ella.

La madre es el único tirano que emancipa espontáneamente a su súbdito, el único dueño que libera voluntariamente a su esclavo, el único carcelero que abre las puertas a su prisionero.

Un «dejar ir» que no renuncia nunca a la responsabilidad y a la disponibilidad.

Pero no solo, el cuerpo materno ha representado durante siglos, antes que el mecanismo de la modernidad suplantase el vitalismo antiguo, el poder de la Madre Tierra. Una metáfora que conecta la generación de los hijos a la recogida de los mensajeros, el ciclo de la fecundidad humana con el ritmo astral del universo. La mujer que ofrece y pide paz se presenta como símbolo de la naturaleza que nos contiene y de la naturaleza que nos atraviesa. Su cuerpo, confluencia de materia y forma, habla de dos lenguajes: el impersonal de la Vida sin adjetivos y el simbólico de la vida de relación, de la historia, de la genealogía familiar, de la biografía que hace a cada uno un ser incomparable e insustituible.

Los hombres que la enfrentan en silencio, el rostro oscurecido por la celada del yelmo, temen el poder de quien no tiene miedo solo por el motivo que se encuentra en la parte adecuada y, no sabiendo cómo reaccionar, está tentado de doblegarla con la violencia que pertenece a su género, la sexual.

En el fondo las mujeres siempre han sido acalladas con la prepotencia del más fuerte. Y nada parece haber cambiado en la tragedia del feminicidio que ensangrenta, después de las tragedias del pasado, un siglo que habría querido ser diferente. Y también algo está sucediendo.

Frente a la valiente exhibición de un cuerpo femenino que se inmola en nombre de los valores en los que cree, por un momento, al menos por un momento, el espacio se contrae, el tiempo se para y, sobre la agitada y ruidosa escena del conflicto, cae el severo silencio de lo sagrado. De repente un vector vertical baja para interrumpir el horizontal, mecánico, rítmico, proceder del tiempo cronológico. Otra intencionalidad pide tregua al precipitarse los eventos, a la imponderable deriva de la obediencia obligada, sufrida, nunca pensada, como la impuesta a los ejércitos.

Nada más que un límite simbólico, una suspensión inesperada, análoga a la tensión angustiosa del equilibrista suspendido en una cuerda que oscila, pero es precisamente en ese intervalo del tiempo y del espacio que la espera cede el lugar al inesperado dejando libre acceso a la esperanza. ¿Qué puede hacer el individuo, frente a eventos que no controla, sino testimoniar?

Ella podría hablar, sugerir, convencer, ondear una bandera, proponer un eslogan. Sin embargo, la mayoría de las veces prefiere confiar de la mirada y el gesto, como convienen en la fase perinatal, al dos en uno que está antes de la inserción del padre en la diáada original. Y es en esa época prehistórica que, con autoridad, ella convoca su antagonista.

Pretende recordarle que todos nacemos hijos y que, antes incluso de venir al mundo, antes de ser un niño, también él se ha quedado durante nueve lunas en el vientre materno. Como, además, harán sus hijos.

El encuentro promovido por una mujer que no tiene ningún derecho para hacer, sino una voluntaria voluntad, evoca históricamente un antes, una sociedad materna que no ha existido nunca, un matriarcado nunca realizado. Y también esa época persiste en el imaginario como un mundo de paz, de igualdad, de justicia, lo mismo que implica toda utopía. En la inquieta relación entre los sexos, en su disímil choque, podemos divisar un deseo de recomenzar, de estipular una nueva alianza, de decir "todavía".

Pero la solución de muchos conflictos que turban nuestra civilización, causados por impulsos agresivos y autodestructivos del hombre, es un problema que corre el riesgo de quedar sin resolver.

Como escribe Freud para concluir *El malestar de la cultura*: «Y ahora tenemos que esperar que otro "poder celeste", el eterno Eros, haga un esfuerzo para imponerse en la lucha contra su adversario inmortal



LA ACTIVISTA

Tess Asplund, 42 años, fue fotografiada con el puño en alto en la cabeza de la manifestación del Movimiento de resistencia nórdica (NRM). La mujer, inmediatamente después, fue levantada a la fuerza y desalojada por la policía, para hacer proseguir la marcha de los neonazis. Pero las fotos y el vídeo fueron enseguida compartidos rápidamente por millones de usuarios en todo el mundo. Asplund es afro-sueca, como se define ella misma, y representa la nueva Suecia multicultural,

contrastada por los miembros del NRM: «El racismo ha sido normalizado en Suecia, está bien decir esa palabra con la n» cuenta al periódico inglés «The Guardian». El momento fue inmortalizado el 3 de mayo de 2016 por el fotógrafo David Lagerlöf. El Movimiento de Resistencia nórdica es un partido de marca nacionalsocialista nacido en Suecia pero que comprende organizaciones también en Finlandia, Noruega y Dinamarca; lucha contra la inmigración y en algunos textos del movimiento se exalta la figura de Adolf Hitler.

(Thanatos). ¿Pero quién puede prever cuál será el éxito, y si será feliz?».

Como siempre, frente a las cuestiones más radicales, no nos queda otra cosa que apelar a la educación, a la posibilidad de prevenir los choques construyendo una nueva humanidad, capaz de canalizar la agresividad natural hacia ideales compartidos. Con tal fin es todavía a la madre a la que le corresponde la tarea fundamental de sustituir al hombre viril, al héroe violento, al individuo competitivo, un sujeto capaz de afirmarse aceptando las componentes pasivas de su identidad, como la dependencia, la vulnerabilidad, la caducidad: cuanto nos hace realmente humanos.

Todo comienza desde dentro

DE LUISA MURARO

Una mujer aguarda en un centro de detención de inmigrantes en Atenas

De la colección de imágenes de este suplemento florece un significado de tipo alegórico, que no quiere decir escondido, quiere decir que no se agota en el inmediato y va más allá, en una profundidad a la que no se llega con los ojos.

A mis ojos las imágenes muestran mujeres que están forzando un bloque. Son posibles más lecturas, obviamente. Pero yo creo que las diferentes lecturas convergen hacia la alegoría de mujeres que desafían al hombre para romper el régimen de irreabilidad que se ha creado con la subordinación del femenino al masculino. En palabras históricas, yo veo una alegoría del feminismo de la diferencia, lo que ha hecho de la diferencia sexual el paso para la toma de conciencia de que todo comienza desde dentro (como dicen en arquitectura), un dentro que encierra el secreto de la subjetividad libre.

Subordinar a los otros a sí, empezando por las mujeres, ha hecho creer a la mayor parte de los hombres que son entidad autosuficiente y pueden controlar y cambiar el mundo poniéndolo en una exterioridad objetiva. Con palabras tomadas de la doctrina cristiana, las mujeres de estas imágenes están forzando el bloque que impide la circulación del Espíritu Santo.

No es en la doctrina cristiana que he encontrado la clave de esta alegoría, sino en un texto aparecido en 1980, titulado *Vai pure* (publicado en 2011 por ET AL.) Se trata de un texto registrado y transcrita, por voluntad de una ella, de un diálogo entre esta ella, Carla Lonzi, y el artista Pietro Consagra, que era entonces su compañero de vida. Lonzi es una de las iniciadoras del feminismo de la diferencia, entre los años sesenta y setenta del siglo pasado.



En un determinado momento del intercambio él le dice: tú, a diferencia de mí, «te presentas con las nuevas exigencias». No, le interrumpe ella, son mis exigencias y son cosas que las mujeres saben, pero han renunciado muy a menudo, «porque si no cede divides tu vida». Y explica: yo no tengo intención de ceder, pero entiendo por qué una mujer puede hacerlo, «porque la necesidad de autonomía entra en tal contraste con la necesidad de amor, y la necesidad de amor se siente tan fuerte que toma el control».

Sigue, en la misma página, como un relámpago, la revelación del cómo sabe amar una mujer que no cede. Yo, dice, sin embargo, acepté tu contradicción de hombre integrándola en nuestra relación, tú sin embargo propones soluciones pre confeccionadas que, de esta manera, niegan el sentido de nuestra relación. Ella sabe bien que va de su vida y de la condición femenina, pero no solamente. «Lo que me escandaliza y que me hace sentir extraña y herida de este mundo...» y habla de la prioridad que se da, en este mundo, a la producción de cosas, «a expensas de la autenticidad de las relaciones».

Él intenta entender, hace preguntas, y es en ese momento que la respuesta de ella hace pensar en el Espíritu Santo: «Yo por relación entiendo una conciencia de la realidad que pasa entre las personas, y que para mí es indispensable quitar los puntos muertos de una cultura que viaja solo sobre la conciencia masculina. Esto para introducirme a mí en el mundo, porque no veo otra posibilidad de una vida vivible». Después añade: también el hombre resiente negativamente de «esta falta de una conciencia femenina» y pregunta a su compañero cómo es posible ir todavía adelante con el planteamiento uni-



lateral masculino, llegados «a este punto de crisis y de rotura». El discurso del Papa Francisco a la Academia por la vida, el 5 de octubre de 2017, sobre la alianza entre mujeres y hombres le dará razón: no es posible.

En un texto precedente la misma Lonzi había polemizado con un cierto modo de dirigirse a los hombres «como si fueran niños a los que las propias verdades es necesario plantearlas adoptando el lenguaje de sus libros de lectura». La cuestión nos afecta. Nos adaptamos para que los hombres entiendan, sería la respuesta, para quitar eso en la cultura común. Pero es una trampa: la cultura común, de hecho, no ofrece a las mujeres el lenguaje para expresarse como sujetos autónomos pensantes y deseosos. ¿Cuál es entonces la práctica que hará consumir el encarcelamiento simbólico de las mujeres? Respuesta: «Hacer todos gestos de expresión del sí y del reconocimiento de la otra que abren las puertas del limbo en el que las mujeres buscan, sin encontrarla, una encarnación real». Que, para las viejas feministas como yo, es una clara referencia a la práctica de los grupos separados de mujeres que, en los años setenta, dio inicio al movimiento feminista dotándole de una lengua para significar a nosotras mismas que existimos para nosotras mismas.

Muchos, incluidos hombres honestos y de buena fe, no han entendido el significado de esta ofensa de la separación, ni su necesidad. Y han criticado el feminismo—los pretextos se encuentran siempre en las empresas humanas—sin entender que la revuelta y el desafío eran el precio a pagar a causa de la suya misma, de hombres, negación del otro con la O mayúscula: la parecida y la diferente. Si ella le deja pasar, él no lo piensa y pasa por encima.

Las imágenes muestran por tanto mujeres que, salidas del limbo de la inestabilidad simbólica, se encuentran en la calle prohibida y allí permanecen sin miedo con un gesto que sustituye palabras que no hay todavía. Para encontrarlas, continúa Carla Lonzi, el bloque se fuerza en primera persona: este es el pasaje necesario para el nacimiento de nuestra subjetividad, el presupuesto de cualquier cambio. Ella así ha hecho y se ha convertido en un pasaje; por ahí hemos pasado y pueden pasar también los hombres.

Entre las imágenes, impresiona la de la palestina que va por su camino llevando detrás dos criaturas, pero un hombre en uniforme, inclinado, le bloquea el camino apuntándole un arma a la altura del vientre. Por una extraña inversión de los sentidos, a mí me parece que él está pidiendo.

No se llega al sentido libre de la diferencia sexual que, es parte integrante del ser humano, con menos del precio pagado por una Carla Lonzi. Y por una María Celeste Crostarosa. De ella hablaré dentro de poco. Ambas son mujeres que han afrontado el bloqueo creado por un orden simbólico que era también desorden, lo han afrontado de la forma adecuada, pagando un precio injusto con la firmeza de quien no nutre resentimientos.

Durante dos siglos y medio la historia ha ignorado la figura de María Celeste y sus grandes méritos. En el

Osservatore Romano del 15 de junio de 2016 se escribió que sor María Celeste, además de santa, fue finalmente reconocida como fundadora de la orden religiosa del Santísimo Redentor. Es el feliz éxito de un acontecimiento que el periódico mismo llama “enigmática”. A decir verdad, una vez reconocida, el acontecimiento no tiene nada de enigmático, pero ciertamente lo es su significado último.

Brevemente: Crostarosa, nacida en Nápoles en 1696 en una familia de clase media, en plena libertad se hizo monja; el cielo le inspiró una gran labor que ella se dedicó a realizar, junto a un amigo y compañero de primer orden, Alfonso de Liguori. Pero dijo no a la orden de un superior que iba contra su libertad espiritual. Alfonso, que tenía los medios y los motivos para defenderla, no entendió que ella tenía razón y la juzgó mal (pero, para demostrar su buena fe, conservó las pruebas históricas de su error, lo que ha permitido después corregirlo). La desaprobación de Alfonso fue el final para ella. Privada de toda credibilidad, escribió entonces una declaración con la que no reniega nada, pero renuncia a todo, menos a Dios que, sin embargo, en la «confusión de los abismos» (palabras suyas), no se hacía encontrar.

Su vida fue dividida, como ha dicho Carla Lonzi hablando de esas que defienden su autonomía en las circunstancias más difíciles, mujeres que abren en la calle bloqueada pasos de libertad desde donde pueden pasar también los hombres que se rinden, no digo a las mujeres, porque nosotras no pedimos esto, quiero decir esos que se rinden al Espíritu Santo... Llamadlo como queráis, con tal de que no lo confundáis con vuestro ego o con alguna doctrina pre-confeccionada.

A propósito de doctrinas. Por una suerte tan inmerezada que me pareció mala suerte, durante muchos años enseñé en la escuela a jóvenes. En la escuela, como se sabe, se enseña que la Tierra es redonda, que no es propiamente una doctrina sino un hecho extraíble, con el razonamiento, de la experiencia. Un día me pareció que una alumna mía, una niña de once años, no tenía claro que la Tierra era redonda. Al preguntarla cómo sabíamos con certeza que la Tierra es redonda, ella levantó el brazo derecho y, con un gesto que iba más allá de las paredes de la escuela, diseñó el arco de la bóveda celeste. Después, delante de mi estupor, añadió: «También mi madre piensa lo mismo».

Se equivocaba, escolarmente hablando, pero el suyo era un error que transmite una verdad todavía indecible. Yo he continuado pensando en ello llegando a esa etapa (no es más que eso) de la búsqueda que he resumido en la fórmula: todo comienza desde dentro.

Diciendo “desde dentro” se cree por oposición a un fuera y no es equivocado, porque desde dentro del lugar materno, se va fuera, al mundo. Pero hay un nacer ulterior que viene gracias a la relación materna a medida que se aprende a hablar, y entonces se descubre que el dentro se recrea y es ilimitado. Es como otra dimensión en la que las cosas toman sentido, las lenguas anudadas en la garganta se deshacen y lo que era mudo, distante, amenazador, se convierte en próximo.



Qué hará el soldado frente a la madre

DE LUCIA ANNUNZIATA



Las mujeres hablan con el cuerpo. No saben ni siquiera que lo hacen. Es el don más grande que nos ha dejado la naturaleza, esa complejidad de vacíos y llenos, salientes y entrantes, tan difícil de aceptar cuando de niña se convierte en mujer, cuando te das cuenta de que tú no tienes esa sencillez física en equilibrio que hasta un cierto punto compartes con los hombres, la simple triangulación—cabeza-torso-piernas— que identifica a los hombres. En ese complicado giro de movimientos que se convierte el cuerpo femenino hay sin embargo mucho que gestionar. Seducción/miedo, cansancio/descanso, belleza/fealdad, muerte y, finalmente, vida. El nacimiento, los hijos.

Está todo esto que el cuerpo dice, y lo peor es que lo hace también contra ti, o contigo, o incluso también si no quieres. Porque la de la mujer es una especie de identidad automática, amplia, más grande de quien la habita, en cuanto universal.

¿Será por esto que el cuerpo femenino siempre ha sido considerado un misterio?

Algo con una raíz más profunda y más sagrada— porque está unido al renacimiento del mundo generación tras generación.

Sobre este cuerpo de hecho reina soberana la sospecha del hombre— insinuante desde siempre en las raíces de las religiones— de esa ratificación de sumisión que es la costilla al velo con la que cubrir la tentación del diablo.

Guerras antiguas y modernas, con una continuidad histórica que indigna, siempre han tenido en las mujeres su centro de venganza y de revancha— secuestros, abusos, contaminaciones de la raza, desacralización final del cuerpo femenino son un ritual y una teoría que trazan una dramática línea unitaria entre pasado y presente.

Con el resultado final de una completa vuelta de lógica: para defender la propia identidad de ciudadanas, es decir la propia dignidad intelectual, las mujeres, a lo largo de los siglos, han tenido que defender sobre todo la libertad del propio cuerpo.

Y es quizás en este cruce entre inteligencia y físico que las mujeres han desarrollado su tercera lengua. La lengua hablada del cuerpo incluso sin que nosotras lo queramos. O nos demos cuenta.

Mirad cualquier otra foto de mujer, en cualquier modo que hayan sido tomadas: deprisa, desenfocadas, desde un móvil o desde una cámara. Veréis siempre un movimiento, un apretar los labios, una ojeada, una curva en

la mejilla, una manera de estar quieta o sentada; veréis siempre un detalle que cuenta una idea, una palabra, una absoluta individualidad de esa persona.

Mirad las fotos de la madre y de la activista en las páginas 4 y 5, y veréis, precisamente, estas absolutas individualidades, contadas sin otra palabra que la del cuerpo.

En un primer vistazo no hay ninguna relación entre las dos situaciones, sino el drama de un choque.

En una hay una joven mujer, árabe seguramente, identificada así por el largo vestido que cubre todo, desde el velo sobre su cabeza hasta arrastrarse por el suelo que desvela pobres sandalias en ásperos pies desnudos. Detrás de ella dos niños miran aterrorizados a un soldado que, agachado, ha apuntado a la altura de su rostro la boca del cañón de su rifle.

El grupo flota en una tierra sin identidad, se vacío de los lugares de guerra, otra pared gris desconchada, un prado de tierra quemada, el acero de las vallas de los puestos de cemento. Es probablemente Palestina, pero podría ser cualquier lugar en el mundo donde hay un conflicto— hombres armados, gigantescos en sus armaduras, frente a una débil humanidad de débiles miembros de niños, y mujeres sin otra cosa en las manos que las manos de sus hijos con rostros desencajados.

La foto recoge un momento único, donde la agresión ha empezado, pero no se ha precipitado todavía, nada se ha decidido todavía. ¿Qué sucederá ahora entre todos ellos? ¿La mujer rezará, gritará, pedirá piedad? ¿Los niños gritarán, como parece que empieza a hacer el chico, junto a la hermana, o perderán la voz abrumados por el terror, como parece que le está sucediendo a la niña? ¿Y el soldado del que no vemos el rostro, escuchará esas voces, alzará los ojos para ver los de la madre, tratará de decir una palabra para calmar los miedos o gritará más que ellos? ¿O incluso disparará? ¿Estamos mirando, realmente, los últimos segundos de tres vidas indefensas, inocentes? En este punto no se puede hacer otra cosa que apartar los ojos y bajar la foto. Volveremos.

La otra imagen nos lleva sin embargo al centro de una moderna situación urbana. Espacio llenísimo, en el sitio del vacío de ese puesto de cemento de la otra foto. Estamos en medio de una calle, de una zona realmente no pudiente, en la acera se ve una pizzería, una cafetería, una puerta sin pretensiones, y curiosos vestidos con esas ropas de la uniformidad ciudadana, sudaderas, vaqueros, batas de trabajo. En medio de la calle tres hombres, blancos de camisa y de piel, tres copias el uno del otro, con las mismas gafas y el mismo corte de pelo. En este ambiente casi blanco y negro, fundido en el gris de esa que es seguramente una ciudad inglesa, como se reconoce por la camisa del único policía en la escena, se siluetea como una llama una mujer: piel negra, cabeza rapada, chaqueta de piel, de la que parece asomar una camisa rosa que la envuelve desde las muñecas al cuello como una bufanda.

Esta es también la foto de un choque. Los tres tienen las maneras y los vestidos de los supremacistas blancos, y la mujer parece querer pararles con su simple presencia, simplemente bloqueándoles el paso. Exactamente como hace la madre árabe.

Y esta es la unión entre dos situaciones tan diferentes y tan lejanas: dos mujeres enfrentan a su enemigo, defendiendo su vida y su libertad, simplemente desplegando su propio cuerpo. Y sus cuerpos cuentan lo que sienten en este momento.

La madre se usa a sí misma para hacer de pantalla a los niños. Empuja para distraer el hombre con el rifle, para interceptar quizá la mirada; el busto es orgulloso, combativo, pero de la vida para arriba todos sus músculos parecen retroceder. Toda su figura va hacia atrás, se dobla, se hace convexa, dominada, a pesar de la valentía, del miedo.

La joven mujer de color está sin embargo entera hacia delante, el busto estirado, hombros anchos, el puño en lo alto que arrastra en la tensión el rostro hasta el mentón alto. Una especie de lanza humana. Grita. No escuchamos estos sonidos, pero podemos imaginarlos por la boca abierta, por la posición del rostro. Su furia impacta, sin embargo, sobre una escena quieta: la curiosidad despreocupada de los viandantes, la mirada pasiva del policía y la expresión vaciada de los tres hombres. Ninguno de los tres la mira a los ojos.

¿Es vergüenza, incredulidad, molestia, lo que sucede en estos rostros masculinos? No lo sabremos de esta imagen. Como no sabrá qué hará finalmente el soldado, frente a la madre. Pero, quizás, en este punto, no nos interesa ni siquiera saberlo.



Que Dios te sea Dios y que tú le seas amor

La experiencia mística de Hadewijch de Anversa refleja la conversión en lo profundo

DE CATHERINE AUBIN

He aquí una mujer que ha realizado grandes cosas en secreto. Hadewijch de Anversa vivió a mitad del siglo XIII, en los antiguos Países Bajos, y procedía de una familia noble que pertenecía al movimiento de las beguinias. Murió en torno a los años sesenta, entre el 1260 y el 1269, después de haber sido una maestra espiritual. Escribió Cartas, Poesías y redactó Visiones, dirigiéndose de forma particular a los laicos. Ha sido citada y valorada por el espiritual y místico Jan van Ruusbroec. Su experiencia mística fue vivida fuera de mundos universitarios, cléricales y masculinos. En efecto el beguinaje, del que indudablemente Hadewijch formó parte, es un movimiento de reacción espiritual: se trataba de liberarse de los rígidos esquemas de la vida monástica. Las mentes querían liberarse del formalismo, seguir los consejos evangélicos sin pronunciar votos, en pleno mun-

do, en el centro de la ciudad. El fin era el de volver a la vida de las mujeres de la Iglesia primitiva, fueran vírgenes o viudas. El beguinaje, fue un movimiento muy ferviente. Los beguinajes más célebres fueron los de Brujas y Gante. En Estrasburgo se contaban 60 casas de beguinias y en 1240, Cambrai había 1300 beguinias. Meister Eckart predicó a menudo a beguinias. La enseñanza de Hadewijch se vierte sobre todo en el camino que el alma debe cumplir para parecerse a Dios. Este consiste en la comunión con Dios y sobre todo en el hecho de que el ser humano, colmado enteramente por Dios, se hace parecido a él. La similitud con Dios se define como amor. El punto de partida de su mística es por tanto la conversión hacia la profundidad del alma: explica que es en lo profundo de sí que el ser humano se descubre impulso espontáneo hacia Dios. Por eso a menudo en sus escritos y en sus cartas aconseja convertirse en lo que somos en lo profundo.

Hadewijch nos ha dejado una recopilación de treinta y una Cartas, de las que se piensa que ni ella misma conociera su importancia. No te disuade, pero expresa más bien su amistad por las jóvenes mujeres a las cuales se dirige. De hecho, la amistad, así como la concibe ella, no es un fin en sí misma. A su forma de ver es el amor divino quien sostiene este amor

humano y lo hace crecer. Además, el género epistolar le permite dar un mayor espesor a la expresión directa de su experiencia profunda. Comparte así su testimonio personal sobre su vida de enamorada y también su enseñanza, que ella misma dice de tomar directamente de Dios. Esta mística al final de la existencia humana consiste por tanto en el hecho de que el ser humano se convierte en amor como Dios es amor.

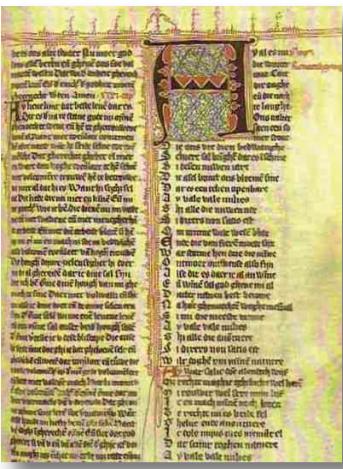
En este amor él se convierte en una sola cosa con Dios, y esta unidad con Dios se crea con la mediación de Cristo. En su Carta 18 escribe: «El alma es para Dios un camino libre, donde lanzarse desde sus últimas profundidades; y Dios en cambio es para el alma el camino de la libertad, hacia ese profundo ser divino que nada puede tocar, sino lo profundo del alma».

Como el artista con su cincel quita del bloque de mármol todo lo que sobra para realizar la obra maestra que tiene en mente, así, en esta perspectiva, la vida del alma no es conquista, sino expoliación de liberación: «El alma debe quedarse desnuda delante de Dios y expoliada de todo descanso que no sea el suyo». Para reencontrar su verdadero ser en Dios, la criatura debe expoliarse. Esto es lo que escribe en la Carta 6: «Si quieres alcanzar el ser en el que Dios te ha creado, debes, con gran nobleza, no rechazar ningún dolor». El camino espiritual del alma es entonces descubierto, restitución

La autora

Sor Catherine Aubin, dominica, es profesora de teología espiritual y sacramental en la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino Angelicum, y en el instituto de vida consagrada Claretianum, en Roma, y profesora invitada en el instituto pastoral de los dominicos en Montreal. Entre sus obras traducidas en diferentes lenguas recordamos: *Prier avec son corps à la manière de saint Dominique* (París, Cerf, 2005); *Les fenêtres de l'âme* (París, Cerf, 2010); *Les saveurs de la prière* (París, Salvator, 2016); *Prier avec son cœur, la joie retrouvée*, (París, Salvator, 2017).





Versos de Hadewijch del siglo XIV

de lo que somos en Dios, es del amor que el alma es libertad y alcanzar su verdadero ser, lo que Dios ha pensado eternamente: por eso en su Carta 22 concluye diciendo: «Ser el que Él es, nada menos».

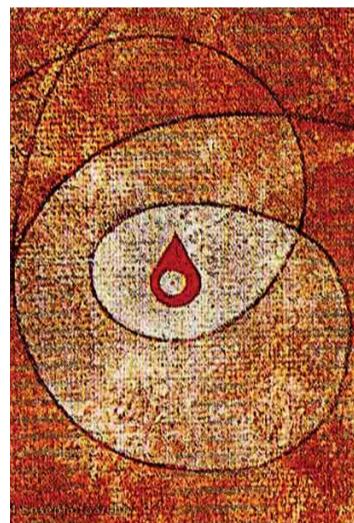
Destaca la doctrina según la cual el alma está en Dios en eterno y por lo tanto es necesario reencontrar este ser originario que es Dios. Su enseñanza se funda en la Escritura; san Juan en su prólogo lo expresa así: «Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra... En ella estaba la vida» (Juan 1, 3) y esta palabra es el Verbo, Cristo. A su vez san Pablo escribe: «Él [Cristo] es la Imagen del Dios invisible..., porque en él fueron creadas todas las cosas... Él existe antes que todas las cosas y todo subsiste en él.» (Colosenses 1, 15-17). Todas las criaturas son comprendidas, diseñadas con antelación, incorporadas en el Verbo, que es el arquetipo de la creación. Esto significa que el arquetipo divino está en lo profundo del alma, vive allí. En su Carta 2, escribe: «Si quieres finalmente obtener lo que es tuyo, dónate a Dios, y conviértete en lo que Él es», ya que «quien ama de un amor más ardiente corre más veloz, llega antes a la santidad divina que es Dios mismo» (Carta 13). Se trata para Hadewijch de explicar a esa joven a la que la carta está dirigida que debe volver a su ser eterno, el que tenemos en Dios. De hecho, el alma debe perderse para reencontrarse Dios con Dios; se trata de una asimilación a Dios, de una deificación. Estas son sus palabras en la Carta 9: «Que Dios te haga saber Quién es quien te absorbe en Él mismo en las profundidades de la sabiduría. Allá de hecho te enseñará lo que Él es y lo dulce que es habitar del amado en el amado». En esta perspectiva, amar es ser, porque el amor nos hace ser más, nos lleva a nuestro origen. O, por decirlo con sus palabras: «Que Dios te sea Dios y que tú le seas amor» (Carta 12).

Palabra vida y luz

En principio»: dejémonos sorprender todavía y de nuevo por el himno poético que abre el cuarto evangelio. Toda la Biblia se abre con un «en principio». En los primeros versículos del Génesis leemos que «al principio Dios creó el cielo y la tierra», llamó a la existencia la luz, que irradia, se desenreda y llena cada pliegue de la creación con armonía, orden y belleza, concediendo a la vida poder brotar, poder florecer.

«Al principio existía la Palabra» (Juan 1, 1). Antes que nada, de cualquier pensamiento o preocupación, de cualquier presencia o ausencia, el evangelio de Juan nos anuncia una palabra, el Dios-con-nosotros que nos viene al encuentro como palabra, la Palabra, como relación, luz y vida. «Y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios» (Juan 1, 1). La Palabra, el Verbo, del que todo depende, del que todo se sostiene, en la vida como en una proposición. Sin Verbo no hay comunicación, no hay diálogo, no hay vida. Es necesario que alguien desee estar en comunicación, que pronuncie palabras, y alguno que ose acogerlas, que corresponda con confianza, con impulso. Así, por gracia, habrá tierra para la comunicación. Dios viene a nuestro encuentro porque está desde siempre esperándonos. Viene a nuestro encuentro como Palabra por medio de la cual todo fue hecho, principio vital por el que todo viene a la existencia— que nosotros lo reconoczamos o no, que nosotros acojamos esta luz o permanezcamos en las tinieblas, en la indiferencia.

La Palabra que estaba desde el principio no duda en manifestarse en la historia, en el fluir terroso de los días. El evangelista nos presenta «un hombre enviado por Dios» (Juan 1, 6) cuyo nombre era Juan, el testigo venido «para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él» (Juan 1, 7). Juan el Precursor, aquel que es capaz de indicar a Jesús de Nazaret como Palabra eterna del Padre, que tiene la valentía de hacerse a un lado, de estar al margen para dejarle sitio a él, del que puede afirmar



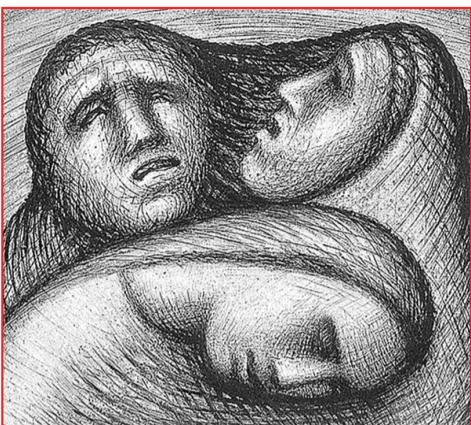
Paul Klee «Al centro» (1935)

mar que ha pasado delante porque él estaba antes (cfr. Juan 1, 15). Jesús es la luz verdadera venida al mundo, luz venida de Dios estando en el seno del Padre, venida para iluminar cada día, para correr el riesgo y calentar a quien yace en las tinieblas de la muerte, para orientar los pasos en el camino de la paz (cfr. Lucas 1, 79). Él mismo, luz que se irradia, es la paz, llamada a resplandecer en cada uno y en todo, porque para esto era y es desde el principio.

La luz, como la Palabra, como la vida, pide ser acogida, no se impone. Viene en la libertad y deja libres, libres de reconocerla en

nuestros fragmentos. «Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1, 14): el Verbo que estaba ante Dios se dona, osa venir tan cerca del hombre que se convierte en su misma carne, su misma fragilidad. El hombre se convierte en hogar de la Palabra, se convierte en su irradiación— ¡Si solo le concediéramos espacio, si solo nos dejáramos vestir por dentro! El hombre puede reconocerse generado por Dios, hijo mismo de Dios, de ese Dios Padre que nadie ha visto nunca ni puede ver, nos dice la Escritura, y también que en el Hijo unigénito se revela, se hace narración. El Hijo viene a nuestro encuentro «lleno de gracia y de verdad», lleno de esplendor y de fidelidad, recapitulando en sí toda la historia de cada uno y de la humanidad entera, la historia de la Alianza que en Moisés tiene fundamento amigo y seguro. En el Hijo, Palabra que estaba en el principio, podemos reconocer la plenitud de toda gracia, de toda bendición, también más allá y a través de las plagas del mal del que está marcada la historia, toda existencia nuestra marcada por el límite, lo enigmático, lo incomprendible, el miedo, de toda muerte. «Al principio existía la Palabra», es la vida: y si está desde el principio no puede hacer otra cosa que estar hasta el final, hasta el final de nuestros días, de toda espera nuestra, de toda palabra nuestra, pronunciada o solo imaginada, escuchada o tocada, deseada o eludida, anhelada y rezada.

¡Ven en medio de nosotros, Palabra de vida, luz invocada, y haznos capaces de convertirnos en tu reflejo!



Las mujeres de las paráboles

DE CAROLYN OSIEK



La autora

Carolyn Osiek se doctoró en Nuevo Testamento y orígenes cristianos en la universidad de Harvard. Durante treinta y dos años ha sido profesora de Nuevo Testamento en la Catholic Theological Union de Chicago y en la Brite Divinity School de la Texas Christian University, en Fort Worth, Texas, donde ya es profesora emérita. Es autora de numerosos libros y artículos.

Actualmente es archivista provincial de la Sociedad del Sagrado Corazón para la provincia de Estados Unidos y Canadá.

Una panorámica de las mujeres en las paráboles de Jesús nos muestra dos tipos diferentes de personajes femeninos: las mujeres explícitamente presentes en el pasaje y las que su presencia es implícita, permitiéndonos también una rápida mirada a un tercer tipo, es decir las que deberían estar, pero que extrañamente están ausentes. Antes de nada, debemos recordar que las lenguas más conjugadas como el griego clásico, usan sustantivos y adjetivos plurales masculinos para indicar no solo un grupo de hombres, sino también un grupo mixto de hombres y mujeres.

Por lo tanto, en muchos pasajes es difícil saber si se habla de un grupo solo de hombres o de un grupo mixto. Un ejemplo de esto lo encontramos en la parábola de los obreros de la viña (Mateo 20, 1-16). Ya que los que hablan son hombres, imaginamos que todos los obreros sean hombres. Pero la vendimia era un trabajo que tocaba a toda la familia. Es por tanto posible que para vender haya sido contratado un grupo mixto de núcleos familiares, constituidos por hombres, mujeres y niños.

Otro ejemplo es la narración de los invitados a la fiesta (Mateo 22, 1-14; Lucas 14, 15-24). La cultura de la Galilea rural del siglo I no estaba tan dominada por los hombres como para no consentir a las mujeres participar en las comidas en las ocasiones importantes.

Por su naturaleza, las paráboles toman las cosas comunes de la vida, pero les dan la vuelta ligeramente, de forma que reverberan en una dimensión diferente, con un significado nuevo. Normalmente, en las paráboles, las mujeres como los hombres, hacen lo que hacen normalmente: en este caso preparar comida, participar en una boda, crear y gestionar las finanzas de la familia. Antes de poder hacer el pan, el grano recogido debe ser molido con mortero y mazo para hacer harina, que es sin duda tarea de las mujeres. Por tanto, dos mujeres muelen el grano juntas, preparando la harina para su pan cotidiano. Pero, como ilustración escatológica, permanece una después de que la otra ha sido llevada en un momento (Mateo 24, 41; Lucas 17, 35). ¿La que se queda sabe qué ha sucedido? ¿Ha llorado por la pérdida de la compañera o se ha alegrado por su nueva identidad?

Una mujer prepara el pan poniendo levadura en una masa de harina humedecida, gesto que las mujeres en las sociedades mediterráneas realizaban a diario. Pero

en vez de limitarlo a mezclarlo, lo esconde en medio de una cantidad considerable de harina, es decir tres medidas, lo equivalente a cerca de 25 kilogramos actuales. Lo raro de la pequeña cantidad de levadura escondida en la gran masa de pasta se convierte en el trabajo misterioso escondido del Reino (Mateo 13, 33; Lucas 13, 21). ¿Es posible que la mujer que hace el pan sea incluso una imagen de Dios que infunde nueva vida a las cosas ordinarias?

Y ahora pasemos a las fiestas. Un pastor deja noventa y nueve ovejas para ir a buscar a la que está perdida y después se alegra con sus amigos y vecinos porque la ha encontrado (Lucas 15, 3-6). De la misma manera, una mujer que ha perdido una moneda barre y busca hasta que la encuentra, y después celebra con sus amigas y sus vecinas porque la moneda ha sido encontrada (Lucas 15, 8-10); finalmente, el padre se alegra por el regreso del hijo pródigo y organiza un banquete para hacer fiesta, con la contrariedad del hijo mayor (Lucas 15, 11-32). Mientras que Mateo nos habla solo del pastor que busca la oveja perdida (Mateo 18, 12-13), Lucas crea un equilibrio entre los géneros añadiendo tal pasaje al de la mujer que ha perdido la moneda. La parábola de la mujer que ha perdido la moneda es el elemento central de la trilogía sobre lo que se ha perdido y es encontrado.

En las intenciones de Lucas es importante el equilibrio de los géneros entre el hombre pastor y la mujer ama de casa. Tenemos que recordar que los pastores no eran solo hombres. La parábola del pastor es interpretada así intensamente a partir de la autoidentificación de Jesús como pastor en Juan 10, hasta hacernos difícil recordar que también las mujeres, incluso los jóvenes eran pastores, como por ejemplo Raquel (Génesis 29, 5-9) o las hijas de Ietro (Éxodo 2, 16). Mientras que este pastor es intencionalmente hombre, otros textos nos dicen que los pastores son de ambos sexos.

En el Evangelio de Lucas, Jesús recurre a la historia de una mujer que no se rinde para ilustrar la necesidad de insistir en la oración (Lucas 18, 1-8). Una viuda busca justicia en lo relacionado con una persona que la ha explotado y no da paz al juez hasta que este no le da lo que pide. Pero quizás "justicia" es la traducción equivocada de *ekdikēin*. Lo que quiere en relación con su adversario se parece más a una revancha: pide

que se le dé la razón y desea la indemnización que le corresponde. Es un pasaje extraño, que no se presta a la alegoría, aunque la introducción (v. 1) sugiera que la viuda es un modelo de oración y una persona que implora la poderosa figura de la autoridad, por tanto, de Dios. ¡Pero lo mismo no vale para el juez! Él no teme a Dios, ni respeta los preceptos bíblicos para tratar a las viudas con justicia (por ejemplo, Éxodo 22, 22-24 y Deuteronomio 10, 18), él pretende ignorarla, esperando que renuncie o se vaya. De hecho, el juez vive injustamente, sin hacer un juicio justo. Pero cada uno tiene los propios límites, y la viuda sabe cómo llevarlo más allá de los suyos. Incluso siendo privado de cualquier valor moral, hará lo que la mujer pide solo para librarse de ella. Él no teme a Dios y no tiene consideración por las personas, pero tiene miedo del daño que esta viuda insistente podría acarrearle. La mayor parte de las traducciones sugiere, en el verso 5, que ella le consumirá o le agotará. La palabra usada aquí, *hypopiàzein*, puede significar atormentar, pero tiene connotaciones muy fuertes, sea de una verdadera y propia agresión física o de un golpe en la cara. Quizá él teme que la viuda termine tan exasperada que lo agrede, lo abofetee en público, sea avergonzado y parecer ridículo por tener que defenderse de una simple mujer. ¡Es un pasaje más bien insólito para hablar de oración!

La parábola de las jóvenes que participan en las bodas es oscura en lo que se refiere al modo en el que se refleja las prácticas efectivas del rito nupcial, pero una cosa es evidente: cinco de estas jóvenes no están preparadas como deberían. Como todos aquellos, que no miran adelante, en cualquier cultura son rechazados por su falta de preparación. Su falta de previsión contiene una dimensión de perspectiva escatológica: ¡estad preparados cuando llegue el esposo! Pero a las parábolas se puede llegar por muchos lados, y por tanto vale la pena preguntarse también sobre el contexto más amplio y preguntarse si las otras cinco, que había llevado suficiente aceite, no habrían podido compartir un poco, llegando por tanto donde querían ir. No son generosas porque temen quedarse sin aceite y por tanto se preocupan solo de sí mismas. En el lugar de un grupo puesto contra otro, quizás un espíritu de cooperación habría permitido a todas participar juntas en la fiesta. ¿Esta parábola (Mateo 25, 1-13) se refiere a la preparación escatológica, la falta de generosidad o ambas?

El Evangelio de Juan no contiene parábolas largas, pero es rico de imágenes y metáforas: agua, pan de vida, buen pastor y puerta de las ovejas, vides y brotes. Un breve alusión remite a la experiencia fundamental de las mujeres para dar la vida. La mujer que va a dar a luz está triste porque sabe que le esperan muchos dolores. Pero una vez pasado el dolor, su tristeza se transforma en alegría porque ha venido al mundo una nueva vida (Juan 16, 21). Ese evento ordinario, cotidiano y aun así arriesgado para la vida que es el parto, como a menudo sucede en la fantasía humana, se convierte en alba de una nueva vida y de nuevas perspectivas, un nuevo inicio.

Por tanto, hasta ahora tenemos mujeres que muelen el grano, que amasan el pan o que cuidan monedas, jóvenes vírgenes en un matrimonio, una viuda insistente

o una mujer que va a dar a luz. Si pasamos a examinar los personajes femeninos que no tiene un rol de protagonistas directas en las parábolas, encontramos el feo rostro de la esclavitud, como se practicaba en el mundo romano. La parábola del siervo despiadado (Mateo 18, 23-35) es dramática. Por una deuda creciente que no es capaz de restituir, un siervo al cual le habían confiado las riquezas de un rey y que las había gestionado mal, corre el riesgo de ser vendido junto a la mujer, a los hijos y a todos sus bienes para repagar el débito (v. 25). Su familia se encuentra que debe afrontar el desarraigo y la incertidumbre sobre su destino. Aquí la sierva, de la cual no se dice el nombre, es una víctima inocente de



los errores de su marido. Se hubiera alegrado con él por la misericordia del rey y le habría pedido comportarse del mismo modo con su deudor. Es abandonada en la desesperación junto a los hijos, ya que sin embargo la historia se termina con el marido en prisión y torturado.

La historia que los saduceos proponen a Jesús para poner a prueba su interpretación de la llamada ley del levirato (Mateo 22, 23-28; Marcos 12, 18-23; Lucas 20, 27-33; Deuteronomio 25, 5-6) habla de una mujer que ha sido mujer de siete hermanos, los cuales, uno detrás de otro, han sido sus maridos. Del segundo al séptimo, los matrimonios tenían el fin de engendrar hijos para

Domenico
Feti «Parábola de
dracma perdido»
(1618-1622)

dar una descendencia al primer marido. Tenemos aquí una mujer atrapada por deberes familiares y una serie confusa de hombres. ¿Alguno le habrá preguntado alguna vez cuál era su voluntad en todo esto? Según la legislación del Deuteronomio, es la mujer la que toma la iniciativa para el matrimonio sucesivo si el hermano es reacio (Deuteronomio 25, 7-10). La parábola obviamente es una trampa de los adversarios de Jesús, los saduceos, los cuales negaban la resurrección después de la muerte, para ver si conseguían reducirlo al silencio. Jesús sin embargo transforma todo el encuentro en una enseñanza sobre la trascendencia de la vida resucitada más allá de las instituciones humanas, y la mujer ya no debe enfrentarse más con un dilema parecido.

Hay también extrañas ausencias de mujeres en algunas de las parábolas más conocidas. En Lucas 11, 5-8, un propietario tiene un vecino amigo que recibe huéspedes tarde y no tiene provisiones suficientes, así que llama a la puerta de al lado para pedir en préstamo un poco de pan. Al principio el vecino no abre porque la puerta está cerrada con llave y él y sus hijos están en la cama. Aun así, dada la insistencia del vecino que está en la puerta se levanta y, como el juez injusto, le da lo que pide solo para librarse de él. Pero ¿dónde está su mujer, que debería ser la persona que en la familia decide si dar la comida? ¿Se resistiría a ayudar a un vecino que lo necesita? ¿Es esta la razón por la que no es mencionada en el pasaje?

Otra extraña ausencia de una mujer se encuentra en la parábola del hijo pródigo, o de los dos hijos, o del padre misericordioso (Lucas 15, 11-32), el tercer pasaje de la trilogía de Lucas sobre lo que está perdido y es encontrado. El pasaje mismo aparece como un desarrollo, por parte del evangelista, de la más sencilla parábola de Mateo sobre un padre y sus dos hijos que responden de forma diferente, el uno diciendo "sí" y no haciendo lo que le ha sido pedido, el otro diciendo "no", pero haciéndolo igualmente (Mateo 21, 28). Leyendo el pasaje, se nos pregunta qué rol podría haber tenido la madre al permitir al joven irse estúpidamente por su cuenta y en el convencer al hijo mayor de ser menos reacio a tener que compartir de nuevo el amor de los padres. En la famosa pintura de Rembrandt, donde el hijo menor está arrodillado a los pies del padre y pide ser acogido nuevamente, en el fondo hay una figura indistinta no identificable, que algunos han interpretado como la madre que falta.

De las mujeres que faltan podemos continuar preguntando: ¿estaban entre los huéspedes y también entre los invitados al gran banquete (Mateo 22, 1-10), o entre los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos (Lucas 14, 16-24)? Seguro que están entre la multitud de todas las naciones que al final de los tiempos deberá ser juzgada por cómo ha tratado a los otros: dando de comer a los hambrientos, acogiendo a los extranjeros, vistiendo a los desnudos, visitando a los enfermos y presos; y ciertamente hay mujeres entre los hambrientos, los sedientos, los sintecho, los desnudos, los enfermos y presos, entre los que han recibido la misericordia.

A veces es solo nuestra imaginación la que excluye a las mujeres de una presencia más plena en las parábolas de Jesús.

ARTISTA



Cuerpos que hablan

DE ELENA BUIA RUTT

Mujeres de diferentes edades, procedencia y clase social cuentan y se ofrecen a la mirada del objetivo sin miedo de mostrar ojeras, estrías, cicatrices y kilos demás: mujeres normales, tomadas en poses naturales son protagonistas del proyecto fotográfico titulado The Honest Body Project y nacido en 2015, en una pequeña ciudad de Florida, de una idea de la fotógrafa Natalie McCain.

Mujeres, procedentes inicialmente de la comunidad de McCain en Florida, han contado a la fotógrafa sus historias de maternidad alegre o sufrida, de rescate de la violencia sufrida, de resistencia a la enfermedad atravesada, de depresión dejada hace poco a las espaldas, de luto, de vergüenza, de lucha contra las convicciones sociales: las imperfecciones físicas mostradas, la historia que las acompañan constituye esta vez su punto de fuerza, en cuanto cifra de unicidad y honestidad, de aquí el título del proyecto. Los cuerpos de las mujeres fotografiadas muestran una belleza natural, rehúyen de todo "deber ser", de todo estándar de belleza impuesto por una sociedad controlada por un poder mayormente masculino, fuerte en una vida de la cual lo físico es espejo.

Es precisamente de la narración que estas mujeres le han contado, que Natalie McCain se ha dejado inspirar, para empezar a visualizar interiormente el retrato fotográfico que tomaría: el éxito de la foto resulta por tanto determinado por el logro o no de esta conexión emocional entre palabra e imagen. McCain se ha inspirado en la fotografía de Brandon Stanton, autor del popular blog Humans of New York, por el impacto emocional, por la intención de contar la vivencia auténtica de la gente común, por la intuición artística del asociar imagen y texto.

La técnica del blanco y negro usada para los retratos del Honest Body Project, además del negro elegido

como único color de las indumentarias íntimas, compone una especie de frescos de Caravaggio, donde la luz esculpe y hace emerger la figura que se silencia siempre y solo sobre un fondo oscuro: la atención del espectador se concreta no sobre los particulares anatómicos, sino sobre la energía emotiva que la representación emite. Los cuerpos, fotografiados en su “natural imperfección”, en vez de fisicidad deformada se presentan como verdaderos “romances de formación”, testimonios de un vivido a menudo dolorido y contrarrestado, pero siempre “en conversión”, por tanto, combativo y confiado.

The Honest Body Project da por tanto voz a la reacción de las mujeres a la tiranía de la despersonalización, de la uniformidad que castiga la exclusión, subrayando sin embargo, como decisiva, la elección personal, el desafío a las convicciones, el cansancio cotidiano en el caso de los retratos, con el niño en el seno, de mujeres que han decidido alargar la lactancia, desafiando una ya tristemente difundida vergüenza social; o en el caso de jovencísimas que, embarazadas y abandonadas por la pareja, han elegido no abortar y combatir para educar solas al hijo; o en el caso de los retratos de madres que no están en forma después de la maternidad, aun así realizadas y sonrientes. Precisamente respecto a esto Natalie McCain insiste, para contrastar la presión irreal y dañina que pesa sobre las mujeres para que “vuelvan como antes”, como queriendo cancelar los signos de una experiencia radical, física y mental como el embarazo. Ahora les corresponde a las madres transmitir imágenes sanas del cuerpo a la próxima generación de mujeres y hombres que están creciendo, para educarles a mostrar sin temor la propia verdad, para educar de tal manera en el respeto de la alteridad.

Del proyecto, de hecho, dividido en varias secciones, cada una de las cuales se refiere a un argumento específico, convueven sobre todo las fotos de las madres, retratadas en blanco y negro, junto a sus hijos: mujeres

que no esconden al objetivo sus heridas de los cortes de la cesárea, las estrías, el sobrepeso causado por el embarazo, el cansancio debido a las ocupaciones cotidianas. Y también estas “madres normales” aparecen radiantes, aunque su historia sí narra el dolor atravesado; la fotografía “no recubierta” las retrata cargadas de belleza y de energía junto a sus niños, mientras las poses naturales, la falta de maquillaje o de una ropa particular hacen detonar la energía positiva de una vivencia finalmente legitimada y no más censurada.

Esto vale también para el retrato de una mujer que cuenta su lucha contra el cáncer y no ha temido ser fotografiada con el seno posando con sus hijos, en nombre de los cuales cuenta haber combatido la enfermedad: niños que posan con ella y la miran serenos y llenos de vida. Lo mismo se dice para los retratos de madres y niños autistas, con síndrome de Down, con retraso mental o fibrosis quística: madres e hijos que salen finalmente del anonimato en los que la vergüenza, el cansancio, el miedo les habían forzado y se muestran al objetivo libres de ser lo que son.

La sección más enternecedora de la serie The Honest Body Project es seguramente la de las madres que han perdido a su hijo. Natalie McCain ha fotografiado su dolor, a menudo silenciado por los medios de comunicación, consciente de la importancia de compartirlo: muchísimas mujeres, de hecho, se han encontrado en esta experiencia de luto y, dejando un comentario al final de la serie fotográfica, han empezado a afrontar el aislamiento, el dolor, el tabú mismo de hablar de la muerte.

El éxito de este proyecto fotográfico ha sido tan importante que el pasado mes de agosto salió la publicación titulada *The Honest Body Project: Real Stories and Unouched Portraits of Women & Motherhood*, donde, en 234 páginas de foto y narraciones, las “mujeres reales” han empezado a apropiarse de nuevo, sin censura ni retoque, del propio cuerpo y de la propia experiencia.





UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA



formación de excelencia
a tu medida



salamanca

GRADOS

Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas (ADET)

Ciencias de la Actividad Física y del Deporte

Comunicación Audiovisual

Enfermería

Ingeniería Informática

Logopedia

Maestro en Educación Infantil

Maestro en Educación Primaria

Marketing y Comunicación

Periodismo

Psicología

Publicidad y RR. Públicas

LICENCIATURAS

Derecho Canónico

Filosofía

Teología

DOBLES GRADOS

Ingeniería Informática + ADET

ADET + Ingeniería Informática

madrid

GRADOS

Enfermería

Fisioterapia

LICENCIATURA

Teología



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA



Ven a visitarnos

promocion@upsa.es

Tel. 923 277 100 • Ext. 7471

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)
C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca

Tel. 923 277 150 • sie@upsa.es

www.upsa.es